

Ni Carrin ni Dionea pudieron oír ni interpretar estas frases, y el anciano dijo á la esclava :

— Ahora, Dionea, corre á traer un jarro de vino para dejar establecido con este extranjero el empeño de la hospitalidad que yo le concedo y que él acepta.

La griega obedeció lo que se le mandaba, y entre tanto Carrin dijo al guerrero :

— ¿Y no me dirás el nombre del que dice acercarse á nosotros con el título de hermano?

— Me llamo Sigor y he nacido cerca de las riberas del Danubio, cuyo territorio fué conquistado por mis antepasados en época muy remota (1). El solo recuerdo

(1) Las noticias de las expediciones de los Celtas que parecen más exactas, aunque se refieren á tiempos menos remotos, se deben á Tito Livio y á Justino. Así lo aprecia L. P. Anquetil, historiador francés del siglo pasado, quien afirmando, dice que en tiempos de Tarquino Prisco existió Ambigat, rey de los biturrigios los berreyeros del Berry, el cual extendía su autoridad sobre toda la Celta. Agobiado aquel Rey por la vejez y por el peso de los cuidados que le ocasionaba el mando de un pueblo extraordinariamente numeroso y turbulento, estudió la manera de reducirlo y aquietarlo arrojando fuera de sus dominios considerables expediciones de guerreros que marcharon seducidos por el afán de las victorias á establecer muchas y lejanas colonias. Con estas miras dió á sus dos sobrinos, Sigovesso y Belovesso, el mando de dos ejércitos formidables, en los que se alistaron multitud de hombres activos, valientes y aventureros. Sigovesso marchó en dirección á la Germania, hacia el bosque Herciniano (que hoy se llama la Selva Negra) y que, unido entónces á otros bosques del Rin y de la Bo-

que de esos tiempos y de esos sucesos se conserva entre nosotros, es que el jefe que conducía á los conquistadores se llamaba Sigovesso, y mi familia ha guardado la especial memoria de su origen, porque todos llevamos el nombre del noble guerrero de quien descendemos y somos conocidos por la denominacion de Bebrices.

— Nuestros pueblos de las montañas del Pirineo, exclamó Carrin, llevan tambien el mismo nombre.

— Es que Bebrix, nuestro jefe, era asimismo oriundo de esas montañas, añadió el extranjero con la mayor naturalidad.

A pesar de esa naturalidad, Carrin no pudo ocultar el asombro que le causaban las palabras de Sigor; pero éste, que estaba muy ajeno de comprender la importancia de sus sencillas revelaciones, apoyó la

hemia, medía una extension de sesenta jornadas de largo y nueve de ancho, segun lo explica César en sus *Comentarios*. Este Sigovesso, á la cabeza de los tectósagos (los Tolosanos) y de los Boyanos (del país del Buch) se internó en aquellas espesuras, y ganando algunas batallas contra los indigenas se estableció en Bohemia, cuyo territorio conserva, con alguna corrupcion, el nombre que le dieron los Boyanos del Garona, los cuales lo dieron tambien más tarde al país de los Boyarianos, que hoy es la Baviera, donde se fijó definitivamente, cuando en tiempos de Augusto fueron derrotados y arrojados de aquellas selvas por Marobodio, rey de los Marcomanos, pueblo que habitaba el Norte del Danubio, y que á su vez huía la peligrosa proximidad de los Romanos.

cabeza entre sus dos manos y se entregó á profundas meditaciones.

—¿Y qué razon has tenido, Sigor—preguntóle Carrin despues de algunos momentos de silencio—para trasponer tanta distancia y venir hasta aquí?

—El que yo te diga eso es tan inútil como lo será, sin duda, el viaje que he realizado.

—Sólo es dado á los dioses conocer el destino de los pueblos—replicó Carrin con grave entonacion.—Tal vez no debas abandonar toda esperanza.

En este instante apareció Dionea trayendo en una mano una copa y en la otra una ánfora pequeña; llenó aquélla con el licor que contenia ésta, y la entregó á Carrin, quien, despues de llevarla á sus labios y de verter sobre la tierra algunas gotas de aquel vino, la ofreció á Sigor diciendo con tono solemne:

—Que el omnipotente Mercurio vea que te recibo por mi huésped, y él permita que sea yo sacrificado sobre sus altares como los enemigos que caen prisioneros en el combate, si esta morada no fuese para tí un asilo inviolable.

Y presentó la copa á Sigor; pero éste la apartó con triste ademan, diciendo:

—Tus dioses no son los míos, anciano, y yo no puedo invocarlos ni jurar por ellos.

Y tirando en seguida de su espada y depositando el acero sobre la tierra, añadió:

—Que la diosa Herta (*la tierra*), nuestra madre universal, guarde mi espada en su seno como prueba de que esta morada está habitada por hermanos; y que el gran Teutates me sumerja en los helados abismos de Hella (*la muerte*) si este acero se dirige contra vosotros.

Carrin escuchó esta invocacion algun tanto avergonzado, y al cabo exclamó:

—Sí, tienes razon; nuestros dioses y nuestras costumbres no residen ya sino en vuestras selvas; ya no existen galos en la Galia; todos están en tu país.

—En mi país y tambien en otras muchas regiones existen galos todavía, anciano; pero en todas partes los mismos pueblos vencidos primeramente por las poderosas armas de nuestros hermanos, han conducido más tarde á éstos al abismo de su total ruina enervando su valor con la afeminacion de las costumbres y apartándolos igualmente de sus virtudes con la práctica de la licencia y de los vicios.

—¡Será posible—gritó el viejo Carrin—que nuestra raza esté sentenciada á desaparecer del mundo!

—¡Ay de mí!—exclamó Sigor tristemente abatido.—Toda esa avalancha y tropel de guerreros salidos en diferentes

ocasiones de este país y que se han esparcido por todos los confines de la tierra, los unos están á punto de perecer en los campos de batalla, y los otros se encuentran de tal manera confundidos y cruzados con las naciones á quienes han vencido, que casi desconocen su propio origen. Ciertamente que si no hablasen nuestro mismo idioma y si no llevarán el sello característico de la raza que los ha amantado, sería preciso dudar que los Germanos, los Galateos (1) y los Panonios (2) fuesen originarios de una misma familia: tal se diferencian de sus antepasados, por sus costumbres, demostrando en esto y en otros varios rasgos lo mucho que han degenerado de sus padres, los unos por su barbarie, y los otros por su molicie, por su debilidad y por su sibaritismo.

— ¿Qué ha sido, pues, de aquellos valientes galos — exclamó Dionea con la llama del entusiasmo — que formaban parte de los ejércitos que Alejandro de Macedonia conducía á la conquista de la Tra-

(1) Habitantes de la Galacia, provincia del Asia menor, limitada por la Paflagonia, la Bitinia, la Capadocia, la Frigia, y la Liconia. (N. del T.)

(2) Habitantes de la Panonia, á orillas del Danubio, hoy Hungría. En algunas medallas antiguas se la representaba por dos figuras de mujeres vestidas con túnicas y teniendo en las manos varios emblemas militares. (N. del T.)

cia (1), y que preguntados por aquel invencible caudillo acerca de sus temores, le contestaron que lo único á que podían tener miedo sería á que se desplomase el cielo y los aplastase? ¿Qué se han hecho esos galos?

— ¡ Ah! Esos fueron los compañeros, los hermanos de nuestros padres; esos eran los hijos y descendientes de aquellos otros que abandonaron este país bajo el mismo mando de Sigoveso, y que atravesaron también el Rhin, en tanto que las tropas de Belovesso pasaban los Alpes y conquistaban una parte de la Italia; esos eran los valientes y feroces guerreros que no quisieron detenerse, como lo hicieron nuestros padres, en los confines de la Germania, cuyo clima les pareció desapacible, y que descendieron por la Panonia y la Iliria vadeando el Danubio; esos eran, en fin, los que más tarde, mandados por un nuevo Brenno marcharon á conquistar el reino de ese Alejandro de quien has hablado; los que rotos y dispersos por la có-

(1) Gran region que confinaba con la Mesia, con el Ponto Euxino, con la Propontide, con el mar Egeo y con la Macedonia. Fué conquistada por Filipo y Alejandro, pero despues de la muerte de este último recobró su libertad, y fué luego invadida por los mismos Galos, si bien éstos, á su vez, fueron más tarde arrojados del país por un descendiente de sus antiguos reyes. Bósforo de Tracia: los Dardanelos. (N. del T.)

lera de vuestros dioses, que precipitaron sobre ellos las peñas del monte Parnaso (1), quedaron todavía tan poderosos y temibles, que una parte de los restos de aquella formidable hueste regresó á Tolosa, su primitiva patria, y enriqueció vuestro templo de Apolo con el botin de la Grecia, miéntras que los demas conquistaban la Frigia y la Paflagonia y fundaban el estado de los Galateos, donde se eleva la monumental Ancira (2) y sus mil y quinientas ciudades.

Carrin escuchaba estos relatos profundamente impresionado de entusiasmo, y su vejez se reanimaba al tener noticia de todos los grandes hechos de sus compatriotas; pero su atencion se habia fijado especialmente en una frase de Sigor más que en ninguna otra, y repitió con marcadísima expresion de interes:

— ¡Un nuevo Brenno has dicho! ¿Ha habido algun otro anterior?

— Si: los descendientes de los soldados de Belovesso habian tenido tambien el suyo: el Brenno que bajando por el territorio de los Alpes venció á los romanos,

(1) El mismo dios Pan en persona peleó á favor de los Focenses y Delfianos (segun los poetas griegos) sembrando tal terror entre los galos, que con motivo de esta fábula se calificó de *terror pánico* todo espanto extraordinario. (N. del T.)

(2) Hoy Angora.

asaltó á Roma y entregó al incendio aquella detestable ciudad.

— ¡Ah! — gritó Carrin — ¿cuál ha sido el espíritu del averno que la ha levantado del antro de sus ruinas?

— El espíritu de su fortuna, que desde entónces la ha ido engrandeciendo de tal suerte y hasta tal extremo, que el mundo entero es hoy pequeño y estrecho para contenerla. ¡Oh! — añadió el guerrero con indecible amargura. — Cuando en el oscuro rincón de nuestras apartadas selvas, inflamado por el santo amor de la patria, soldaba esta argolla de hierro en mi garganta, segun los usos de nuestras antiguas leyes, haciendo solemne juramento de no despojarme de este signo de esclavitud hasta no haber recorrido todos los países habitados por la raza de los galos, ignoraba yo entónces que en la mayor parte de las comarcas donde el romano hubiese asentado el pié sólo habia de encontrar al presente la cobardía y la esclavitud.

— ¿Y qué es de todos esos fieros conquistadores? ¿Qué es de la noble raza de los galos?

— Es de ellos lo mismo que es de vosotros: se han convertido en pueblos degenerados, y se les encuentra oprimidos por la zarpa de las águilas romanas, que los tiene aprisionados desde el uno al otro

confín del universo. Los galos de Italia están dominados hasta el punto de llamarse romanos á sí mismos: los de la Galacia huyen como espantadas fieras ante las legiones de Manlio (1), que los insulta con sus discursos desde las alturas del Eta (2), y los azota y aplasta con sus falanges: los de Bizancio (3), que también fué conquistada por los galos, pagan un tributo á los romanos: los de la Panonia están sobrecojidos y amedrentados con las dos recientes derrotas que han sufrido de aquellas centurias. Solamente nosotros, los que habitamos los extensos bosques de la Germania, no nos aterrarnos al oír el nombre de Roma, ni nos causan pavor sus legiones.

En este momento la voz de un nuevo personaje que se presentaba, replicó:

—Porque aún no las habeis visto de frente.

Era Léntulo, que se habia aproximado

(1) Tito Manlio Torcuato, hijo del dictador Tito Manlio y nieto del consul Marco Manlio Capitolino. Fué tribuno militar de las legiones romanas en la guerra contra los galos, 562 años antes de Jesucristo. (N. del T.)

(2) Monte situado en los confines de la Grecia, propiamente dicha, y de la Tesalia, cerca de las Termópilas y en medio de la Dóride. La mitología supone que allí murió Hércules.

(3) Sobre las ruinas de Bizancio se fundó Constantinopla, y uno de los tres arrabales de esta moderna ciudad conserva el nombre de *Galata*. Tomó aquella denominación de Bizante, á quien la fábula supone hijo de Neptuno y de Ceresea, que se cree fué su fundador. (N. del T.)

sin ser visto, y que se presentaba provocativo y altanero: los dos galos se pusieron de pié con presteza, y Sigor respondió al Procónsul:

—Porque nuestros rios son profundos y caudalosos; porque nuestras selvas son espesísimas, y porque son sobradamente fuertes nuestros escudos para que jamas puedan llegar hasta nosotros.

—Yo iré á convenceros de lo contrario, á pesar de vuestras selvas, de vuestros caudalosos rios y de vuestros inexpugnables escudos, si la República me concede una sola legion, y si tú quieres decirme cuál es el camino que conduce desde Roma hasta tu patria.

—El mismo,—dijo Sigor,—que va desde mi patria á Roma.

Esta respuesta nubló el semblante del patricio romano, y Léntulo lanzó una mirada recelosa sobre Sigor, que se alejaba en compañía de Carrin. El anciano habia cogido de la mano al guerrero, y le arrastraba consigo aceleradamente lejos de aquel sitio, murmurando por lo bajo terribles imprecaciones contra Léntulo, el cual quedó á solas con Dionea.

—Y bien,—dijo á la esclava,—te has esmerado hoy para embellecer á tu dueña, ¿y crees que Cesonia me reciba con sus favores?

—Ya hace dos horas que te aguarda, Léntulo; y una mujer jóven y hermosa que espera...

—Ama y piensa en aquel que la hace esperar,— se apresuró á decir fatuamente el jóven patricio, acomodándose los pliegues de su toga.

—Tu plática con ella tiene que ser hoy breve, porque se acerca la hora en que Manobal debe regresar de Tolosa: apenas tendrás tiempo para probarle cuánto la amas.

—Así, al ménos, no tendré ocasion de hastiarme; y bien sabes tú, Dionea, que jamas ningun noble romano dispensó tanta honra á sus acreedores, porque se necesita tener una notable probidad para conformarse á ser el yerno de ese Manobal, un pescador de la costa, que nadie sabe cómo se ha enriquecido, y cuyo padre, que llegará á ser mi abuelo, es tan incivil y salvaje como el can moloso que guarda los ganados. Verdad es, por otra parte, que la hija ha tenido el buen gusto y el acierto de reconocer que debía darme la preferencia sobre esos bozales campesinos de Tolosa, que nos ofrecen sus grotescas figuras cuando intentan vestir nuestras togas.

El romano sonreia al pronunciar estas palabras; pero á traves de su aparente

frivolidad podia descubrirse que ocupaba su imaginacion un pensamiento más serio. Dionea le habia escuchado con intímó sentimiento de desprecio, y luégo siguió tras él en direccion al pórtico; pero ántes de penetrar en la morada de Cesonia se detuvo Léntulo, y preguntó á la esclava:

—¿Quién es ese bárbaro que estaba aquí cuando yo he llegado? ¿De dónde viene y á qué viene? ¿Puedes decírmelo?

—Lo ignoro, señor.

—Es acaso algun antiguo amigo de Manobal ó de Carrin?

Dionea dudó un momento buscando forma á su negativa, y al fin respondió:

—Señor, no lo sé.

—¿Es del país de los Carnutos ó del de la Boyaria? ¿Viene de la Germania ó de la Grecia?

—Lo ignoro, señor.

—¿Hace mucho tiempo que ha llegado, ó sólo está aquí desde esta tarde?

—Tambien lo ignoro.

—Tú lo ignoras hoy todo, esclava, y se me figura demasiada ignorancia para que no sea exceso de malicia con propósito de engaño.

—No creo que me hayas dado á Cesonia para ejercer en esta casa el espionaje y la delacion, sino que me has colocado cerca de ella para enseñarla á hablar la lengua

griega con el acento ateniense, para que aprenda á pulsar una lira, y para que se eduque en los dignos modales que cuadran á la mujer que debe ser esposa de un patricio romano.

— Por Júpiter, que yo debiera relevarte de esa comision, porque es poco lisonjero el resultado que obtienes.

— Te advierto que no aceptaré ninguna otra.

— ¡Me parece ver que la esclava se subleva contra su señor! — dijo el orgulloso Léntulo.

— No, — contestó Dionea con dignidad; — la esclava obedece; y como su actual dueña no le ha encargado que escuche ni sorprenda las conversaciones de cada cual para ir á referírselas, ve ahí porque no tengo el cuidado de averiguar los secretos de su padre, ni de sorprender las confidencias del huésped que recibe en su casa, ni mucho ménos necesito conocer la chistosa opinion de su futuro esposo acerca de la familia de que va á formar parte, ni el estimable concepto que le merece la mujer á quien va á honrar con su nombre.

— Dionea, mi bella griega, — dijo Léntulo acariciando dulcemente las mejillas de la jóven y alejándose, — yo creía que habias dejado de ser celosa.

Dionea no respondió; pero un rayo de

cólera enardeció su frente, y murmuró:

— ¡Oh! Desgraciado de tí, Léntulo, porque ya no sólo no estoy celosa, sino que te desprecio.

Léntulo penetró en la morada de Manobal, y atravesó el *atrium* (patio) sin encontrar á nadie; pero al llegar frente á la puerta que daba acceso al *tablinium* (salon principal), oyó á Cesonia que cantaba, acompañándose con los acordes de su lira, y se detuvo ejecutando una mueca de burla y desaprobacion. Al fin se decidió á penetrar en aquella estancia, y acercándose diligentemente á Cesonia, la dijo con acento adulador:

— Por las musas te juro que jamas han escuchado mis oidos una voz más encantadora que la tuya, Cesonia hermosa: eres la reina del canto y de la lira, y mil veces será dichoso el hombre que posea con tu amor tanta belleza y tanto talento.

— Si te agrada, — dijo Cesonia ruborizándose de placer, — yo me conceptuaré muy feliz repitiéndote la nueva cancion que me ha enseñado Dionea.

Léntulo se apresuró á detener delicadamente la mano de Cesonia, próxima á herir las cuerdas de su lira, diciéndole con lisonjero acento y afectada ternura:

— ¿No tienes otra cosa que hacernos oír, Cesonia, si no es el canto que te ha

enseñado esa esclava? ¿No pueden brotar de tu corazón á tus labios otras palabras de más deliciosa armonía, que para ser dulcísimas no necesitan más que el eco de tu voz?

—¿Qué puedo yo decirte que tú ya no sepas?

— Repite que me amas.

—¿Cómo no he de amarte cuando me has prometido hacerme tu esposa y conducirme á Roma? Dí, ¿no es cierto?

— Sin duda alguna.

—¿No me has ofrecido también una litera arrastrada por magníficos caballos para asistir al circo y al teatro?

— Sí, — dijo Léntulo, — tú tendrás todo cuanto corresponde á una noble patricia.

— Y me alejarás para siempre de este país de la barbarie, donde todo el porvenir de la mujer se cifra en vigilar las faenas del campo, si no es que tiene que desempeñar ella misma tan rudos trabajos.

— Y no obstante gozais el derecho de asistir con voto á los Consejos de la nación, deliberando en ellos acerca de los negocios de la República, por cuyo ejercicio darían las matronas de Roma todas esas comodidades que á tí tanto te seducen y que tanto deseas.

— Que yo renuncio gustosa, di más bien, en cambio del más pequeño adorno

de los que usaba Marcia, la esposa del cónsul Cepion, á quien pude admirar, ricamente engalanada, cuando acompañé á mi padre al campamento de aquel general, donde te vi por la primera vez.

— Pues bien, si quieres, yo te obsequiaré mañana mismo con esos adornos y esas galas que tanto te enamoran, rogándote que me complazcas en lo que voy á encargarte: acompañarás á tu padre á Tolosa, para asistir con él á la Asamblea que debe celebrarse mañana; tomarás asiento entre los miembros del Consejo, y me comunicarás detalladamente cuanto allí se decida.

— Léntulo, eso que me propones es una felonía contra mi patria.

— Por el contrario, Cesonia; eso significará una demostración de fidelidad al pueblo romano, que te va á adoptar por hija suya, y será además una prueba de amor que darás á tu esposo.

Cesonia era dócil á la persuasión, porque se encontraba dominada por la fatal influencia de ese espíritu de novelaría que ha seducido siempre tan fácilmente á las mujeres francesas (1), y que en aquella época les inclinaba á preferir los vicios elegantes, y las fingidas ó afectadas gracias.

(1) Y á la mujer de todos los países. (N. del T.)

posponiendo la severa y ruda belleza que les rodeaba.

—Léntulo,—prorumpió al fin Cesonia despues de algunos momentos de vacilacion,—yo ejecutaré cuanto quieras y cuanto me ordenes; pero júrame ántes que me harás tu esposa.

—¿Qué clase de juramento te dejará satisfecha?

—Tú no puedes jurar, como los galos, por tu barba ni por tus cabellos, porque tienes completamente rasurado el rostro y la cabeza al uso de nuestros esclavos; pero puedes hacerme ese juramento por Mercurio, que es uno de tus dioses lares, y tambien lo es de los nuestros.

—Cesonia, el Mercurio de los galos, á cuya divinidad sacrificais víctimas humanas, no es el Mercurio de los romanos, que no exige la sangre de los hombres, y que se satisface con la de los corderos; por este, pues, dios benigno é inmortal, te juro que serás la esposa de Léntulo.

En el momento que acababa de pronunciar esas palabras, percibióse el rumor de varias voces hácia la parte del atrium, distinguiéndose entre todas ellas la de Manobal. Léntulo se adelantó cortesmente á saludarlo con la mano, mientras que aquél llevaba la suya á la cabeza y se arrojaba un cabello como testimonio de un

saludo galo de la más alta consideracion.

—Y bien, Manobal,—dijo Léntulo,—¿qué noticias nos traes de Tolosa?

—Ninguna agradable para tí.

Léntulo frunció el rostro, y Manobal añadió:

—Despues que hayamos hecho la comida de la tarde con ese extranjero, á quien mi padre ha dado hospitalidad, te las comunicaré; no conviene que él las conozca por el momento, ni tampoco es prudente que observe el disgusto que pudieran causarte. Sigüeme, pues, al *triclinium* (1), y honra nuestra comida.

Al salir del tablinium para dirigirse á la sala del festin vieron que las viandas y los platos habian sido servidos sobre las baldosas del atrium, y que alrededor se habian colocado algunos tapices ó alfombras para comodidad de los convidados.

Ni Manobal ni Cesonia demostraron sorpresa; pero Léntulo exclamó con menosprecio:

—¿Quién ha dispuesto servir aquí la comida al estilo de los bárbaros? Ya sólo se acostumbra darla así á los perros.

(1) Hemos dejado intactas las voces *atrium*, *tablinium* y *triclinium*, porque dan mejor idea gráfica. El *triclinium* era el comedor en la casa de los romanos, y se llamaba así porque ponían tres camas alrededor de la mesa.

— Pues así has de tomar la tuya, si la quieres, romano,—exclamó Carrin visiblemente descompuesto y alterado por la cólera;—y has de saber que he sido yo quien ha dado esta orden. Manobal,—continuó el anciano, dirigiéndose á su hijo;—la casualidad ha traído á tu casa á uno de tus compatriotas, y para recibirlo con los honores debidos, bien puedes prescindir por un dia de las costumbres extranjeras que has adoptado, y volver á las que practicabas hasta hace poco tiempo.

—Lo que habeis hecho está bien hecho, padre,—dijo Manobal con marcada intranquilidad, y añadió:—Por lo demas, es indiferente que sea en uno ó en otro sitio donde comamos.

—Tiene razon Manobal,—replicó Léntulo, siempre mordaz y satírico;—estas baldosas no son más duras que las camas de paja que teneis en el triclinium

—Aun no hemos recibido otras mejores que tenemos pedidas á los griegos de Marsella,—se apresuró á exponer Cesonia, excusando la observacion de Léntulo.

—Es probable que cuando lleguen sean ya inútiles,—dijo Carrin,—porque debemos esperar que los hombres tengan entónces el deber y la necesidad de no dar descanso al cuerpo y..

—Padre mio,—interrumpió Manobal

comprendiendo las intencionadas frases de Carrin,—el extranjero á quien habeis escogido como husésped merece todas mis atenciones y respetos: yo espero, por tanto, que merezca los vuestros aquel que ha sido invitado por mí. Que cada cual ocupe su puesto, y comamos.

Carrin, Sigor, Léntulo y Manobal se echaron sobre las alfombras, y Cesonia permaneció de pié.

—¡Cómo!—exclamó Léntulo;—¿Cesonia no nos acompaña?

—¿Y quién nos ha de servir?—dijo Manobal con naturalidad.

—Yo creo que eso corresponde á los esclavos.

—Los esclavos se ocupan en las faenas y en los trabajos del campo, y sus mujeres les sirven la comida cuando regresan á sus casas rendidos de cansancio y de fatiga, así como las nuestras tienen igual deber con respecto á nosotros mismos.

Léntulo iba á replicar; pero Manobal se anticipó con enérgica resolucion, y añadió:

—Tal vez no exista en Roma esa costumbre que practicamos con respeto en nuestro país, donde no tenemos vuestras matronas romanas, ni pretendemos que nuestras hijas lleguen á serlo, por lo cual procuramos que no olviden nuestros anti-

guos usos, en los cuales han de vivir forzosamente.

Estas palabras de Manobal sembraron la frialdad y el malestar entre los convidados, guardando todos el silencio de la desconfianza.

Manobal devoraba con afán las viandas medio cocidas que le servían sobre gruesas tortas de pan sin levadura, y Sigor, después de haber satisfecho su apetito con algunas frutas, observaba alternativamente á Dionea, que se hallaba agachada cerca del viejo Carrin para proporcionarle los auxilios que necesitaba, y á Cesonia, que servía con preferencia á Manobal y á Léntulo. Este último apenas había tocado con sus labios una perdiz roja, por más que esta clase de aves fuese muy apreciada y solicitada aún en la misma Roma por su carne delicada y su exquisito olor; pero se hallaba condimentada sin especias, y no podía satisfacer así las exigencias del paladar y del refinado gusto del joven patricio, que se dedicaba en aquellos momentos á observar y estudiar la actitud de Sigor, y que al mismo tiempo enviaba de cuando en cuando miradas y sonrisas de inteligencia á Cesonia, prometiéndole en ellas otra clase de vida y otras atenciones diferentes á las que gozaba.

Dionea, por su parte, los observaba á

todos, y cada cual parecía estar poseída de distintos pensamientos é ideas, que deseaban y necesitaban otra ocasión más oportuna para manifestarse.

La comida fué, pues, breve, fría y silenciosa. Manobal se levantó el primero, manifestando en un principio algun embaraço y hesitación entre su huésped galo y su huésped romano; pero al cabo, después de unos cortos momentos de duda, se dirigió á su hija, diciéndola:

— Cesonia, quédate con tu abuelo acompañando á este bravo guerrero, porque Léntulo no puede pasar la noche en nuestra casa, y voy á acompañarle hasta la hazienda de la colina; pronto estaré de regreso.

El romano se consideró despedido de una manera brutal; pero bien pronto los ademanes y los gestos de Manobal le hicieron comprender que éste lo que pretendía era alejarse con él, para poder ambos hablar en secreto y con toda libertad. En seguida que salieron, Dionea se aproximó furtivamente á Sigor, y señalándole á Cesonia, le dijo:

— ¿ Cuando la has visto no la has encontrado bella?

— Sí, — dijo Sigor mirando fijamente á la griega.

— Pues bien: procura que ella te dé la

preferencia sobre ese presuntuoso Léntulo, y Manobal preferirá tu pueblo al pueblo romano, porque en eso, como en todo, la hija es la que influye en el ánimo y en la voluntad del padre; y como el padre es la persona de más influencia, y el que domina en la asamblea de Tolosa, tú tendrás..

—Dionea,—dijo Carrin,—guíame á la arboleda; deseo hacer mi ejercicio de costumbre. Sigor me perdonará si le dejo algunos momentos con la hija de mi hijo; pero mi vejez no puede prescindir de hacer una pequeña caminata despues de la comida.

—Yo seré vuestro guía, si quereis,—dijo Cesonía.

Carrin la rechazó dulcemente cuando aquélla se le aproximó, y Dionea se apresuró á alejar al anciano con diligente pres- teza.

## II.

Sigor siguió á Dionea con la vista largo rato, hasta que la esclava griega desapareció del todo, y entónces volvió sus miradas para fijarlas sobre Cesonía, que permanecía en pié y en silencio no léjos de él, manifestando en su actitud y en su fisonomía el disgusto y la contrariedad que le producía el encargo que le habian impuesto.

Cesonía tenía atentamente clavada la vista en Sigor, contemplando su aspecto, pero era sólo movida por un instinto de curiosidad, y como se mira un objeto raro y extraordinario. Había además en sus miradas la intencion de ese exámen desdeñoso de mofa y desprecio que las mujeres hacen rápidamente del hombre que no les inspira simpatías. Aquella jóven tímida, que ante la impertinente elegancia y sueltos modales de Léntulo se consideraba tan humilde y tan inferior, se disponía, por el contrario, en presencia de Sigor á abrumar á éste con los desdenes orgullosos de su semi-civilización. Sigor, por su parte, no demostró sorpresa ni aparentó ofenderse por aquella insultante curiosidad, y despues de algunos momentos de silencio, dijo á Cesonía.

—Mírame bien, jóven, y te convencerás de que soy un hombre y no un monstruo raro que se exhibe en espectáculo, como esos osos que los cazadores cogen en vuestras montañas.

—También son hombres nuestros esclavos,—respondió Cesonía con una insolencia capaz de desconcertar á otro que no fuera Sigor.

—Di más bien que vuestros hombres todos son esclavos.

—Es muy posible que tengas razón, y